

La artesanía contemporánea: la bisagra entre el arte y el diseño

Maria Diez i Serrat y Santiago Planella i Domenech

El desarrollo acelerado, imparable, de las nuevas tecnologías y la nueva capacidad de fabricar una realidad virtual o aumentada, simulacro mejorado de nuestro mundo, nos alejan cada día más de nuestra realidad. El asentamiento y la expansión de esta atractiva simulación del universo, que se sustenta sobre la base inmaterial de la información, provocan una reacción de retorno a las facultades más elementales, primitivas y autónomas de la actividad humana, como la necesidad de tener contacto con la materia y el poder construir, a partir de ella, algo con las manos. Durante la industrialización y postindustrialización, el éxito profesional se daba en función de la especialización. La crisis que nos afecta desde el 2007 y la necesidad de encontrar alternativas imaginativas, abiertas y flexibles en el ámbito de la creatividad están promoviendo un nuevo perfil de creador, preparado para dar respuestas desde diferentes disciplinas y lenguajes artísticos. La evolución del arte, del diseño y de las artes aplicadas en estos últimos años suscita una permeabilidad de sus fronteras y a menudo lleva hacia una hibridación entre ellas. Esto da lugar a nuevos perfiles profesionales que integran diferentes disciplinas.

¿Qué papel tiene la artesanía en el entorno actual, teniendo en cuenta que el artesano por definición es un especialista en su oficio? ¿No será éste un buen momento para replantearnos la figura del creativo como integrador entre la necesidad de encontrar el sentido, la curiosidad de saber y la capacidad de hacer?

Encontrar sentido. ¿No es la lucha constante del artista por entender y transmitir sus intuiciones? ¿No es posible que se trate de una especulación filosófica de nuestra capacidad natural, pero no por ello ordinaria, de conectarnos con nuestro entorno y con lo que hay detrás de éste? Nos conectamos y comunicamos con nuestro entorno a través de la percepción y de los sentidos. Hemos tendido a dar prioridad a los aspectos racionales para explicar el mundo, pero la razón se pone en movimiento a partir del

contacto y de la percepción de lo que nos rodea. Buen ejemplo de ello es el personaje de la masajista de la película *La giovinezza* (2015), de Paolo Sorrentino, cuando hace hincapié en que tocar el cuerpo de otra persona con las manos nos abre la puerta a conocerla de verdad, a comprenderla; tocar es en sí mismo una experiencia de conocimiento y predispone a la reacción, a la respuesta.

La curiosidad del saber es una necesidad humana, pero en nuestra sociedad occidental cada vez se ha dado más espacio al saber pragmático, vinculado a la ciencia y a la técnica pero a menudo desvinculado de la ética y del pensamiento humanista. ¿Hacia dónde nos lleva este saber científico, impulsado sobre todo por la necesidad consumista del neoliberalismo y cada vez más desvinculado de las cuestiones morales y de una concepción holística? ¿Puede el científico investigar o el tecnólogo idear, ingeniar, sin disponer de un sentido ético?

Desde la primera piedra que movió el hombre prehistórico para poder sentarse con más comodidad, pasando por la elaboración del primer collar con huesos o de los primeros tejidos para protegerse, hasta llegar a realizar un contenedor de vidrio para conservar alimentos o a aplicar cubiertas cerámicas en los hospitales para favorecer la higiene, nuestra capacidad de hacer y el abastecimiento de materiales a nuestro alcance proclives a ser manipulados nos han permitido adaptar y modificar el entorno según nuestras necesidades e intereses. El hombre que utiliza su entorno, el hombre que manipula, el hombre constructor, o sea, el artesano, ha evolucionado constantemente para poder adaptarse a las diferentes épocas; hasta el punto de ser capaz de captar, de crear, de construir y de proponer elementos que dan soluciones a las diferentes necesidades de cada momento. Si bien antes la función de la artesanía consistía en dar respuesta a unos usos y utilidades cotidianos, actualmente, debido a la industrialización y al nuevo entorno digital, esta función ha tenido la necesidad de reajustarse, de reinterpretarse, dando lugar a la aparición de la artesanía contemporánea, ya no ligada exclusivamente a su uso, sino poseedora de valores añadidos vinculados al arte y al diseño.

El artesano no sólo ejecuta, sino que construye, transforma con las manos, con el hacer, y, además, también tiene la responsabilidad de sentir y de pensar. Y precisamente en la integración del hacer, del sentir y del pensar es donde el artesano se convierte en artesano contemporáneo, porque la conciencia del sentir y del pensar es fruto de las necesidades culturales del mundo en el que vivimos. De hecho, el filósofo Richard Sennett, en su libro *El artesano* (2009), defiende que hay que poder aprender de las cosas que nosotros mismos producimos y que, para que esto ocurra, el hacer debe ir acompañado de la responsabilidad del pensar y también de la conexión con el sentir.

Las manos, pues, actúan como elemento reunificador de estas tres actitudes ante el mundo (la necesidad de encontrar el sentido, la curiosidad de saber y la capacidad de hacer) y se proponen como elemento de encuentro, de conexión, de respuesta, de intercambio, de atracción, de descubrimiento, de conocimiento, de transmisión de sentimientos, emociones, e ideas entre el mundo y nosotros. En definitiva, las manos nos dan la posibilidad de relacionarnos con nuestro medio de manera respetuosa y de transformarlo de manera holística mediante una actitud y una intención determinadas por un hacer en el cual está implícito el pensar y el sentir.